

Teresa Gómez Trueba (ed.), *Mire a cámara, por favor. Antología de relatos sobre tecnologías y simulacros*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2020, 316 pp.

DOI: <https://doi.org/10.24197/sxxi.20.2022.225-229>

Muchas veces, a lo largo de nuestro día a día, nos sentimos observados. Ya sea a causa de esa cámara de videovigilancia en el supermercado que nos hace actuar con normalidad e inocencia forzada, por el reportero que está en la calle a la caza de su próxima víctima bajo el santo y seña de “ya verás qué ilusión les hace cuando te vean en la tele” o ese radar que te hace comprobar veinte veces que vas por debajo de la velocidad marcada. Cámaras, cámaras y más cámaras.

Llegas a casa. Tu punto ciego. Donde tienes la *web-cam* tapada con una pegatina con algún mensaje positivo para seguir el día, Alexa solo te habla cuando la preguntas y tú decides cuál es el *selfie* que vas a subir a la red social para que te escriba un mensaje la persona que esperas. Aun así, la portada de ese libro que te ha hecho replantearte más de una cosa te devuelve a la realidad y es ineludible no clavar tu pupila en la mirada imposible de sintonizar del individuo que te observa. Esta imagen, que incluso me atrevería a describir como perturbadora, es un prelude de lo que vas a encontrar en la magnífica selección de relatos que componen *Mire a cámara, por favor*.

Es posible que no seamos conscientes del momento tan mediatizado en el que vivimos. Pero para ello están los escritores, para sujetarnos con sus sucesiones de letras a modo de cuerdas ante el abismo de la pantalla, ante los miles de píxeles que, poco a poco, nos van alienando y haciéndonos sucumbir a su hechizo. Está tan normalizado ver a la persona que, sentada en frente de nosotros, está tan embebida por esa nueva realidad que nace ante sus ojos gracias al vídeo que YouTube le proporciona al bajo coste de un par de anuncios de champú anticaída que no nos asombra el pensar que, aunque nos desvaneciésemos en el acto, quizá no se percataría hasta el siguiente corte publicitario que le hiciese despegar los ojos de la pantalla.

Cada vez que pienso en ello recuerdo esa frase que a más de uno de la generación Z nos han dicho de niños: «¡Que se te va a poner la cabeza cuadrada!». Y es un milagro que nuestras pupilas sigan siendo redondas a pesar de las horas que pasamos delante de estos ya ineludibles compañeros

tecnológicos de nuestra cotidianidad. Por suerte, aún nos quedan los libros – conservemos la perpetuidad del *siempre* para París –.

La literatura es hija de su tiempo y, en ocasiones, es complicado enfrentarse a estos nuevos relatos que se crean al ritmo del surgimiento de nuevas realidades. Cuando me planteé la lectura de esta antología, el no saber si iba a ser capaz de comprender las que son nuevas formas de escritura para mí, como la que plantea Belén Gache en sus dos relatos, o si realmente estos temas podrían novelarse, eran dos de las grandes dudas en torno al contenido que iba a encontrarme entre sus páginas. Pero la brillante introducción a la antología que realiza Teresa Gómez Trueba es de gran ayuda como hoja de ruta para saber cómo leer y cómo enfrentarse a lo que los escritores seleccionados nos plantean.

Respecto a la introducción, creo que es muy interesante la forma en la que está estructurada, ya que nos acerca a los diferentes aspectos que van a tratarse en los relatos: el quién está detrás de las cámaras, los platós televisivos y lo que hay detrás de los programas, la conciencia de ser espectador o actor, o lo difícil que es, en ocasiones, discernir entre lo real y lo ficticio tras el cristal de la televisión. También te acerca ya a los relatos que vas a leer, mencionando ciertos rasgos de algunos personajes, como cuando nos presenta al niño protagonista de «El asesino de Pedralbes» y el porqué de su comportamiento: «Para el niño lo contemplado en la pantalla es un enigma no mayor que lo contemplado fuera de ella. Una realidad y otra llegan a confundirse» (Trueba, 2020:14). Estas pequeñas claves de lectura nos acercan a los relatos y a la percepción de los autores de la mano de Teresa Gómez Trueba, quien es capaz de explicarlo de una forma detallada y comprensible, incluyendo referencias culturales externas a la antología, pero estrechamente relacionadas, como *El show de Truman*: «El inquietante relato de Agustín Fernández Mallo nos retrotrae a *El show de Truman* (1998) con aquella aterradora puertecita que se abría en la pared del horizonte» (Trueba, 2020:24); o anécdotas, como la que narra a pie de página sobre Serge Oldenbourg al comienzo de la introducción.

Gracias a este preámbulo, cuando nos encontramos a las puertas del primer relato, sabemos cómo encauzar nuestra lectura. Y buscamos ese piloto rojo que nos informa de que comienza la transmisión.

En cuanto a la elección de los relatos, creo que es muy acertada, ya que logra conjugar autores muy diferentes y también que enfocan de distintas formas el cómo incluir las cámaras y demás factores tecnológicos a lo largo de sus narraciones.

El primer relato, «La ruleta rusa», de Juan Bonilla, nos muestra sin un ápice de censura cómo se borran los límites entre la realidad y la ficción cuando algo ocurre detrás de una pantalla. Mientras leía el relato, era ineludible no comparar las muertes de estas personas a causa de un revólver y la desesperación con los elegidos en *Los juegos del hambre*, saga que gozó de gran éxito literario y cinematográfico y que ya nos hablaba de esa frialdad que nos aporta el ver algo tan cruento, como es la muerte de alguien, tras una pantalla. También, Juan Bonilla es capaz de trasladar esos recursos audiovisuales, como las cámaras lentas o los enfoques al público, al terreno literario.

Los relatos, casi de la extensión de una anécdota, de Mercedes Cebrián son una buena muestra de cómo la tecnología es, a veces, ridícula. Nuestros intentos por condensar todo en una imagen, en un vídeo, cuando vamos de viaje o a un concierto, pensando que esto nos hará revivirlo una y otra vez cada vez que lo veamos, son inútiles. No hay mejor forma de expresarlo que como la autora cierra el segundo relato escogido: «Hemos de darnos por vencidos: no hay tecnología posible para dar fe de lo remoto» (2020:106). A la reflexión que me ha llevado este relato es que la fotografía ha perdido importancia en estos últimos años. Ahora, que todos tenemos al alcance de la mano una cámara con unos píxeles estupendos para hacer tanto una fotografía al décimo de Navidad que compartes con tu familia como para tomar tu mejor instantánea ante el Empire State Building, las imágenes se han vuelto banales, demasiado comunes. Ya no existe el temor a que el carrete estuviera caducado y las fotos se nos revelen en tonos rosáceos o que se nos olvidase quitar la tapa cuando le dimos al REC en la boda de nuestro hermano. De las fotografías solo emana la idea de que hicimos uso de nuestro pulgar oponible al sacar el móvil y presionar el botón del medio repetidas veces hasta que la luz era perfecta y no salías con los ojos cerrados.

Lo que más interesante me parece de esta antología es el hecho de que te haga reflexionar sobre la propia sociedad en la que vives, sobre actos que realizas en tu día a día. En ocasiones, se vale de un humor grueso, absurdo o amargo, como el vacío que siente el protagonista del relato ya mencionado «La ruleta rusa» al morir Isabelo y revelarnos esa colección de recortes que tiene sobre él; o la razón número diez que nos aporta Javier Fernández en «Diez razones para ver TV en lugar de leer un libro»: «10. El libro sucede en la imaginación. La TV es real» (2020:111).

En otros momentos, nos encontramos ante relatos escalofriantes, que nos remueven e, incluso, nos asustan. Hay que destacar la capacidad

de Alberto Olmos en «VHS» para hacernos partícipes de ese asesinato que todos vaticinamos que va a suceder y solo podemos ser meros testigos y aguardar hasta que llegue mientras avanzamos en el relato. Tanto por la forma de escritura como por las expresiones y el modo de conducir la historia me parece uno de los más brillantes y que mejor muestra cómo la soledad ante una pantalla puede llegar a trastocar a alguien. Precisamente, a continuación del relato de Olmos, se encuentra el de Sara Mesa, «Papá es de goma». Sara Mesa goza de una capacidad enorme para crear una atmósfera de angustia y congoja, y que logres empatizar con los personajes, a pesar de la brevedad del relato. Aquí, la tecnología juega un papel crucial, ya que, al final, se entremezcla lo trágico con esos pingüinos de plastilina que salen en la televisión deslizándose en trineo. Creo que solamente esta autora es capaz de condensar con ciertos símbolos tanto significado, dejando un final en el aire, pero en el que el lector puede perfectamente sobreentender lo que la autora quiere transmitir.

Dos relatos de autores de estilos muy diferentes, pero que creo que merecen un comentario a parte en esta reseña, son «Las uñas», de Agustín Fernández Mallo, y «Mississippi», de Manuel Vilas. Fernández Mallo crea su propia estructura de cajas chinas jugando con la irrealidad que se compone en los platós de cine y televisivos. Esa sucesión de lugares creados, que ya nos hacen dudar hasta de nuestra propia realidad, es el recurso del que se vale el autor en este escalofriante y, en parte, angustioso, relato de menos de dos páginas. Hay una referencia directa a la película ya mencionada *El show de Truman*: «y en la misma pared del horizonte detectó una puerta» (2020:176). Fernández Mallo nos hace mirar a nuestro alrededor para cerciorarnos de que las paredes de nuestra casa no son de cartón pintado, que lo de “el gran teatro del mundo” sigue siendo una simple metáfora. Por otra parte, Manuel Vilas, con su particular forma de escribir, nos regala un relato en el que reflexiona sobre dos temas tan dispares como es los casinos y *Los Simpsons*. La mayor similitud entre un casino y este programa es el color verde de los billetes y del vestido de Marge Simpson. Vilas, con su estilo casi telegráfico, es capaz de llevarnos de la mano desde el río Mississippi, hasta a tener una cita con Mark Twain o a entremezclar referencias tan variadas como una a Dostoievski y otra a Rober de Niro. Lo magistral en Vilas es que todo es armónico, a pesar del posible desastre que pueda configurarse en nuestras mentes al imaginarnos este *totum revolutum* entre las aguas del Mississippi.

Mire a cámara, por favor es un buen comienzo si quieres acercarte y descubrir cómo algunos autores conciben el mundo actual, con sus

tecnologías, sus cortes de cámara y sus vídeos virales. También es una buena forma de despegar los ojos de pantallas delimitadas y abrir la mente a qué nos puede llevar tanta alienación y tanta risa enlatada. Aún quedan muchos relatos por descubrir, solo he comentado los que más me han impactado, pero todos merecen una buena lectura acompañada de una reflexión. Aquí no hay música para cerrar el coloquio, como sí ocurre en los Goya, pero ya me despido. Esperaré a que el operador de sonido me diga que el micrófono está desconectado, no siendo que se me escuche decir algo impropio y luego me toque disculparme por redes sociales. Ahora, salgan de Twitter, apaguen el telediario y predispongan su imaginación a funcionar por ella misma [la luz de Tally deja de parpadear; fundido a negro; créditos].

MARÍA SOTELO RODRÍGUEZ
Universidad de Valladolid
mariasotelocontacto@gmail.com